

YAVUZ, EL SULTÁN SELIM HAN

El sultán que cruzó los desiertos



Joylino

YAVUZ, EL SULTÁN SELIM HAN

El sultán que cruzó los desiertos

El viento soplaba con fuerza en las costas de Trebisonda. Las olas golpeaban las rocas y las amarras de los barcos se tensaban en el puerto. El príncipe Selim leía una carta cuando un mensajero entró en su habitación. Traía nuevas noticias de las tierras fronterizas. Selim dejó la carta sobre la mesa y escuchó al hombre con atención.

Aún no era sultán. Pero en la ciudad que gobernaba, era responsable de la seguridad de los caminos, del estado de las fortalezas y de atender las necesidades de la gente. Tenía el mar delante y las montañas detrás. Quería saber qué ocurría más allá de aquellas montañas. Cuando el mensajero terminó su relato, empezó a hacer preguntas. Para Selim no bastaba con recibir una noticia; había que comprender, reflexionar y, cuando fuera necesario, actuar.



Selim había nacido en Amasya. Su padre era el sultán Bayaceto II, y su abuelo, el sultán Mehmed el Conquistador, que había conquistado Estambul. De niño había recibido lecciones de sus maestros y había crecido entre libros. Cada libro abierto ante él le entreabría la puerta a otro mundo.

Al crecer, tampoco dejó de leer. Se interesaba por la historia y escribía poemas. Mientras aprendía a gobernar, también trabajaba con las palabras. Sus años en Trebisonda le enseñaron además lecciones que no estaban en los libros: comparar noticias, escuchar a las personas, tomar decisiones ante las dificultades... El príncipe que, mucho después, dirigiría grandes ejércitos aprendió primero a hacerse responsable de una ciudad.



Pasaron los años. Tras una dura lucha por el trono, Selim se convirtió en sultán otomano en 1512. Ya no se ocuparía solo de las noticias que llegaban de Trebisonda. Recibía cartas de todos los rincones de un gran país, y se esperaban sus decisiones.

Por su valentía, su carácter severo y su determinación, la gente lo llamaba «Yavuz». Cuando llegó al poder, había serios desacuerdos con el Estado safávida, al este. Yavuz reunió a sus comandantes y a sus hombres de Estado. Escuchó los asuntos que le presentaron y pidió que se hicieran los preparativos. Pronto comenzaron a contar las provisiones de los almacenes y a determinar qué haría falta por el camino. Sabía que cada decisión suya afectaría a miles de personas que partirían con él.



En 1514, el ejército partió hacia el este. Atravesaron montañas y recorrieron largos caminos. Hubo días en que resultó difícil encontrar comida. A medida que aumentaba el cansancio, también crecía la inquietud entre los soldados. Yavuz trató de mantener unido a su ejército durante aquel duro viaje.

El 23 de agosto se encontraron con el ejército del sah Ismaíl en la llanura de Chaldirán. Los soldados otomanos tomaron posiciones; los cañones y las tropas con armas de fuego se prepararon. Al terminar la batalla, el ejército de Yavuz había logrado una gran victoria. En aquel éxito influyeron tanto el valor de los soldados como su organización y sus armas. Al final de la larga marcha, Yavuz había conducido a su ejército a una importante victoria. Pero las pérdidas de la batalla también habían dejado una profunda tristeza junto a la victoria.



Dos años después, Yavuz volvía a encabezar una gran campaña. Esta vez, el camino iba hacia el sur. Los desacuerdos entre el Estado otomano y el Estado mameluco se habían convertido en guerra. Mientras los soldados recorrían nuevos caminos, los mensajeros iban y venían entre ambos bandos.

En 1516, los ejércitos se encontraron en Marj Dabiq, cerca de Alepo. El ejército mameluco era conocido por su poderosa caballería. Yavuz también organizó cuidadosamente sus fuerzas. La dura lucha terminó con una victoria otomana. Gran parte de Siria pasó a estar bajo el gobierno otomano. Pero la campaña no había terminado. Al sur estaba Egipto. Para llegar hasta allí con su ejército, Yavuz debía atravesar también el camino del desierto que tenía por delante.



En la tienda de Yavuz desplegaron un mapa. Los comandantes hablaban del camino hacia Egipto. Uno de ellos preguntó: «¿Cómo se transportarán el agua y la comida para tanta gente?». Otro explicó lo difícil que sería avanzar por terreno arenoso con cargas pesadas.

Yavuz escuchó las preguntas. No podían partir sin conocer los peligros del camino. Enviaron guías y eligieron de antemano los lugares donde acamparían. Prepararon los recipientes de agua y las cargas. Las lluvias de aquellos días también redujeron el peligro de quedarse sin agua. La valiente decisión de Yavuz iba acompañada de una preparación cuidadosa. Para recorrer de verdad la línea dibujada en el mapa, había que pensar qué se haría en cada parada.



El ejército tomó el camino que llevaba a Egipto a través del Sinaí. Por delante tenía terreno abierto, caminos pedregosos y zonas de arena. Mientras avanzaba la larga caravana, giraban las ruedas y se oían las campanillas de los animales de carga. Cada descanso era una ocasión para recuperar fuerzas antes de seguir caminando.

Un soldado le tendió su recipiente de agua al compañero que tenía al lado. Otro apretó una cuerda de la carga que se había aflojado. Los guías señalaban el camino y los encargados comprobaban cómo estaban los rezagados. Yavuz compartía aquel mismo viaje con su ejército. Los lugares que días antes habían mirado en el mapa estaban ahora bajo sus pies. Con preparación, resistencia y trabajo en equipo, iban recorriendo paso a paso el camino del desierto hacia Egipto.



Tras recorrer el camino del desierto, se acercaron a El Cairo. El sultán mameluco Tumanbay había preparado una fuerte defensa en Ridaniya. Los cañones apuntaban hacia la dirección por la que creía que llegaría el ejército otomano. Avanzar de frente podía poner en grave peligro a los soldados de Yavuz.

Yavuz y sus comandantes estudiaron otro camino. En lugar de marchar directamente contra las defensas, el ejército las rodearía por un lado. Las tropas cambiaron de dirección y alteraron el ataque que los mamelucos habían previsto. Al final de la lucha que comenzó el 22 de enero de 1517, el ejército otomano logró la victoria. Esta vez, Yavuz había demostrado su valentía al estudiar bien el campo de batalla y hacer avanzar a sus fuerzas desde otra dirección.



La victoria de Ridaniya abrió el camino hacia Egipto. Sin embargo, la lucha continuó un tiempo más en El Cairo. Finalmente, el Estado mameluco dejó de existir y Egipto quedó bajo el gobierno otomano. Tras su larga campaña, Yavuz se encontraba a orillas del Nilo. Muy lejos de las olas de Trebisonda, estaba en un mundo completamente distinto.

Ahora tenía nuevas responsabilidades. Había que organizar el gobierno de grandes ciudades y ocuparse de las nuevas tierras. Allí recibió también al representante que llegó de La Meca. Asumió la responsabilidad de proteger La Meca y Medina. Se le conoció por el título de «**Hâdimü'l-Haremeyn**», que expresaba su servicio a aquellas ciudades sagradas. Sus victorias también habían aumentado el peso de sus responsabilidades.



Yavuz regresó a Estambul tras una campaña que había durado más de dos años. Atrás quedaban caminos de montaña, campos de batalla y travesías por el desierto. Pero tampoco en el palacio terminaban sus tareas. Llegaban cartas, esperaban embajadores y se hacían nuevos preparativos.

Siguió leyendo, reuniéndose con sabios e interesándose por la poesía. Junto al gobernante conocido por su espada, también había un hombre que abría libros y trabajaba con las palabras. En 1520 enfermó y falleció cerca de Çorlu. Lo sucedió su hijo Solimán. El reinado de Yavuz, de poco más de ocho años, había llegado a su fin. Las grandes victorias que logró en aquel breve tiempo y los cambios que hizo en las fronteras del Estado dejaron una profunda huella en la historia otomana.



Imagina un mapa: a un lado, las costas de Trebisonda; al otro, la lejana llanura de Chaldirán. Más al sur, Alepo; después, los caminos del desierto y el Nilo... La vida de Yavuz fue un gran viaje entre aquellos lugares. Detrás de cada línea del mapa había preparativos, decisiones difíciles y el esfuerzo de miles de personas.

Con el tiempo, el viento borró las huellas que el ejército había dejado en el Sinaí. Recogieron las tiendas y las caravanas tomaron otros caminos. Pero aquel viaje no cayó en el olvido. Porque el gobernante que lo encabezaba no solo había llegado muy lejos; con sus decisiones había cambiado el rumbo de la historia.

Aquel sultán que atravesó montañas y desiertos siguió vivo en la historia con un nombre: Yavuz, el sultán Selim Han.

